



La Venus actual

CUANDO el decadentismo puso de moda las siluetas escurridas y la expresión antes que la hermosura plástica, se habló de la quiebra de la belleza, como en otras ocasiones se había dicho la bancarrota de la ciencia, ó que la forma poética estaba llamada á desaparecer. No viene mal el recuerdo de aquella famosa amenaza sobre los versos; pues una mujer construída según lo requiere la documentación del eunuco que busca una estatua viviente en el mercado de esclavas es comparable á una composición de academia de poetas. Exige la ley retórica que un soneto conste de dos estrofas de cuatro renglones y de dos tercetos, aparte las conveniencias de la rima. De igual manera el servidor del serrallo se conduce con arreglo á unos estatutos sancionados por la tradición. Y se defiende en el tapiz donde yacen acurrucadas las presuntas odaliscas, y va examinándolas, ni más ni menos que un profesor analiza á Garcilaso ó Góngora, sujetándose á los legendarios preceptos orientales; la hembra perfecta deberá poseer tres cosas grandes y tres cosas chicas, tres cosas blancas y tres cosas negras... Pero acaecía á lo mejor que la admirable criatura, digna de un museo, no satisficiera al amo del harén, que daba en apasionarse de una femina sin ninguno de los requisitos indiscutibles, tal vez de una sierva flacucha, sin rotundidad coxal, con el rostro de pilluelo, de esos que pululan por los zocos morunos vendiendo flores silvestres. He ahí el caso del buen lector, que prefiere á una definitiva octava real de antología, el balbuceo ó el grito de unas líneas populares ó rebeldes á los mandatos de las escuelas. Y entonces el dómíne, que ejerce la crítica, y el infeliz guardián de Scherezade y sus amigas proclamaron la derrota de la hermosura y de la forma poética.

En el tiempo indicado de alcanzar una supremacía boga el tipo misterioso y personal, descartado y quebradizo, envenenado por su propia alma enferma de infinito, lo que ocurrió fué que las sociedades selectas se hallaban desequilibradas por el excesivo refinamiento de la sensibilidad, resultado de hiperestesia á que contribuyeron, desde las alucinaciones de Baudelaire, á la abundancia del regalo material, y el excepticismo religioso, y la sustitución del vals por las danzas de una canallería distinguida, y el alcohol, y los nervios, y hasta el cultivo de las orquídeas. Multitud de cosas heterogéneas, pero que nacían de un mismo estado de decadencia de los pueblos, del cual desprendíase también la necesidad de estimulantes para que no se apagara por completo, no ya el deseo, sino el instinto de vivir; de ahí que no bastando el espectáculo impasible y majestuoso de una Venus de Milo, frente á la que permanecían aburridos los ciudadanos de países demasiado viejos, se recurriese á la Venus diabólica, como al no comoverse la Humanidad con la inefable armonía de los astros, dispuso en los nocturnos la complicación de luminarias verdes, azules, y rojas, y de músicas sentimentales.

Rodaron los años, estalló, desarrollóse y se resolvió la guerra; se ha nutrido la moral, se perfeccionaron algunos inventos que traen normas para el porvenir; en suma: cambió el ambiente del mundo, y una de sus consecuencias ha sido la creación de otro modelo femenino. Después de las madamas y de las emperatrices, de las niñas, de las inspiradoras de cromos, vinieron los perfiles enigmáticos, las vampiresas, la musa fatal, el *chic*, las brujitas frívolas, y ahora llegan unas mujeres feas y adorables, sanas, desceñidas y que olvidaron el uso del corsé, reidoras con sus carnosos labios, arriscadas, fuer-

tes, que parecen heroicas junto al hombre, con sus trajes entallados y sus pulseras...

Los aeroplanos aportaron estas maravillosas vírgenes de la tierra renovada. ¡Oh, es enorme la influencia de la aviación en la estética de Eva, que continúa aficionada á probar los frutos prohibidos ó simplemente desconocidos! Por fortuna, la actual mudanza no puede proporcionarnos más que espléndidas realidades. Salió la mujer del fanal de su pasividad y se lanza á las alturas, no con el anhelo conquistador de los aviadores masculinos, sino como corresponde á la hembra, para entregarse, para dejarse poseer por el sol y el viento, por la grandeza del espacio, por el vértigo de la velocidad; es decir, á un don Juan supremo que convierte en titeres á los de carne y hueso, escala de seda, serenatas y desafíos. En seguida, digna de su indefinible seductor, el muñequito con taldas se transforma en una criatura prodigiosa de ímpetu, espontaneidad, sencillez, de promesas fecundas. Y su aparente fealdad, como la de las esculturas destinadas á una eminencia, no existe si la miramos según conviene. Al lado de la mujercita *bibelot* y de la mujercita violeta, ó rosa ó camelia, triunfa esta mujer espiga, y granada rota con un desbordamiento de rubies...

Y abeja. Sí, idolo de enjambre. Para conseguir la preferencia de las aviadoras debería establecerse el pugilato de las colmenas, por nadie ignorado. Ascende, embriagada, la reina y los machos la persiguen, y todos van rindiéndose, y aquél que la alcanza ese es el elegido... ¿Cuántos zánganos humanos se decidirían á volar? Casi todos prefieren hacer unas oposiciones á empleos del Estado.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

FOT. UNDERWOOD